

tolerantes por lo común, y esto hace que personas que nos molestan al principio, después las vemos con cierta indulgencia. Así sucedió con los pasajeros, compañeros de viaje de don Roque y su mujer, quienes aunque extravagantes, eran sencillos y buenos. Esto hacía que los viajeros los hubiesen visto partir con algún sentimiento, no sin alegrarse por otra parte, de no dormir en una misma pieza, por temor de los ronquidos de que habían dado grandes pruebas en el camino, acaso por su obesidad.

Los pasajeros se dirigieron á la posada, y el matrimonio fué sin saber bien el lugar á buscar otra, y en esto comenzaron sus nuevas penalidades, porque después de dar mil vueltas, llegaron á un mesón que todo el mundo conoce por su mal servicio.

Serías eran las reflexiones que hacían don Roque y su mujer, con quien no dejó de reñir por la primera vez, á causa de su familiaridad con el joven que había estado á su lado, y si no se hallasen á la mitad del camino, es seguro que se hubieran tal vez vuelto á su tierra, y acaso acaso, intentar en toda forma la acción de su divorcio. ¡Lo que puede una ilusión! Doña María Procopia, que era fea entre las feas, parecía á su marido una deidad; y lo que era una burla evidente de parte del joven tronera aparecía á los ojos de marido y mujer como galan-

teo. Pero este es el mundo, y así ha sido siempre, y en prueba de ello es, que yo uso de estas moralejas, que ya se hallan olvidadas.

V

AVENTURA Y LLEGADA Á MÉXICO

El sueño puso fin á las disputas de nuestra pareja, y muy temprano se levantaron, como que sin colchón, por haberse quedado en la diligencia, madrugaron, como contrabandistas, y se fueron al lugar en que debían esperar la diligencia. Afectuoso fué el saludo de sus compañeros de viaje, y en el resto de la jornada siguieron las escenas del día anterior. El humor de don Roque, por el placer de llegar á México, había mejorado un noventa por ciento, y el de su querida Procopia ni se diga; pero, ¡oh dolor! que en la última posta para llegar, se enferma la infeliz, y mientras que van á la tienda para tomar alguna medicina, parte la diligencia, y se encuentran sin los auxilios necesarios. Don Roque estaba desesperado y renegaba del día y hora en que había emprendido el viaje; lo que más le apuraba era su equipaje; su pérdida la suponía inevitable, porque quién sabe lo que haría de él el cochero; esto lo tenía fuera de sí; ya ni se acordaba de su mujer. Compadecido el ten-

dero, le procuró medios de continuar su viaje, ofreciendo don Roque el pagar luego que llegase á México.

A un cuarto de legua de la garita, les dijo el mozo que los conducía:

—Amo, antes de llegar á la garita deben vdes. besar las cadenas de las puertas y bailar allí; si no se quedan para siempre en México.

—¿Te acuerdas que esto mismo nos decían en nuestra tierra?

—Sí, y por lo mismo lo haremos, Procopia.

El malicioso criado, que era uno de esos ladinos, conoció luego la candidez de los viajeros, y como le habían instruído que era la primera vez que venían á México, les dijo esa vulgaridad, que entre esas gentes es un artículo de fe.

Cuando llegaron á la garita, don Roque y su mujer se iban á apearse del caballo y se disponían á cumplir con su obligación, y lo habrían verificado, si no hubiera sido porque el criado les dijo que eso sería después, por no estar allí el guarda mayor.

Restablecida doña Procopia con la vista de la capital, comenzó á preguntar por cuanto veía. Al ver la primera iglesia, preguntaba si era la Catedral. Don Roque, antes de que respondiese el criado, le decía, como si hubiese estado ya en la capital:

—No es esta, mujer; más adelante.

—¡Ay! ¡qué México! cuánta casa, cuánta ventana; pero lo que no me va gustando es la gente tan desatenta, que no saluda, sin embargo de que le doy los buenos días, decía doña Procopia.

—Deja, hija, en cada tierra es diverso el estío.

—Nadie me quita de que aquí es el Palacio, y esta iglesia es la Catedral; ahora sí.

—No, señora, le contestó el criado, esta casa es la Aduana, y esta iglesia el convento de Santo Domingo y esta otra casa, la ex-Inquisición.

—¡Jesús me ampare! pero ojalá la hubiera, que no vendría tanto hereje inglés como vienen á llevarse la plata del reino.

—Cállate, por Dios, mujer.

—¿Dónde estará una tienda de agua fresca para beber, que ya me abraso de sed?

—En cualquiera esquina; pero ahora es temprano.

—Alabo á Dios!

—¿Qué te sucede, Procopia?

—Mira, Roque; mira qué casas tan altas, y cuánta ventana con vidrios: esto es la gloria, esto es el cielo. Ay de mí! pobres de mis amados hijos. Vamos entrando á esta casa, que seguramente es de alguno de los amigos del señor Licenciado: ¿para qué hemos de ir tan lejos?

—No, vamos á ver la carga primero; des-

pués de eso iremos al mesón donde nos lleve el criado.

Al ver don Roque y doña Procopia la Catedral, no pudieron menos que pararse y exclamar: "¡Bendito sea el Señor!"

—De aquí sí no paso, voy á dar gracias á Dios, decía resueltamente doña Procopia.

—No paso por eso, le replicaba don Roque; después vendrás á rezar lo que gustes; acuérdate de nuestra carga.

Al fin llegaron al mesón, y como era día domingo, les fué fácil recobrar su equipaje, cuya conducción tuvieron que pagar de nuevo al cochero, por habérsela exigido en el despacho, lo cual fué un golpe mortal para don Roque, quien con su mujer quedó instalado en el mesón de Balvanera: los deseos de ambos quedaban satisfechos.—Mexicanos, podrían decir: ya nos tenéis en vuestro seno; ya estamos en la capital del grande Anáhuac.

ZULEY.



Un Secreto de Casada.

Mas todas las (cosas) que son reprobables, se descubren por la luz; porque todo lo que se manifiesta es luz.—S AN PABLO: Epis. á los corint., V, 13.

En un primoroso aposento de una preciosa casa del Puente de Alvarado, en la deliciosa México, engañando el tiempo estaba una afortunada pareja sentada junto á una mesa de elegante figura.

Para que no alegue ignorancia la apreciable lectora que se digne pasar sus ojos por estas líneas, de luego á luego diremos en pocas palabras que en la época del presente relato, hacía sobre cinco años que el señor don Esteban Ruijosa, adinerado negociante, y la linda Isabel Cabrera, unidos con matrimoniales vínculos, disfrutaban de